

La presencia de los abuelos a lo largo de la historia de la humanidad.

Ángel Gutiérrez Sanz

La festividad de S. Joaquín y Santa Ana, considerados los abuelos por antonomasia, nos brindan la ocasión de traer a la memoria el pasado y el presente del colectivo conocido generalmente como el de “la tercera edad”. El 26 de julio es el día dedicado a los abuelos. Como lo fueron de un modo especial y a una avanzada edad, quienes trajeron al mundo a María, la elegida para ser la madre de Dios. Pertenecieron a la tribu de Judá y vivieron en Nazaret siendo dueños de una pequeña hacienda cuyos ingresos repartían entre los más necesitados. Después de haber orado a Dios insistentemente, su plegaria fue escuchada y ya de avanzada edad pudieron tener descendencia a través de la cual entraron a formar parte importante en la historia de la salvación del género humano, si bien muy posiblemente ellos nunca llegaron a ser conscientes de la misión trascendental a ellos encomendada desde lo Alto. Su vida, sobre todo en los últimos años de existencia fue escondida y silenciosa, pero servicial y abnegada como la de todos los abuelos.

Ser viejo en tiempos de Joaquín y Ana no representaba ninguna desgracia, puesto que los hombres y mujeres cargados de años gozaban de una cierta reputación. En términos generales las culturas orientales siempre tuvieron en gran estima a la tradición y ello ha favorecido a las personas mayores. Dentro de la cultura hebrea desde el nomadismo, vemos a las personas de edad ocupar los puestos de responsabilidad, siendo los encargados de conducir a la grey por los caminos de la esperanza que les venía de lo Alto. El Consejo de los Ancianos jugaba un papel importante en lo judicial y en lo religioso, porque se les consideraba investidos de un cierto carácter sagrado, sobre todo en la época dorada de David. Sin perder el carácter reverencial a los ancianos, éste disminuye con Roboán, hijo de Salomón para volver a tomar un nuevo auge en el periodo babilónico.

A partir del siglo V a. de C., coincidiendo con el periodo de esplendor del clasicismo griego, los ancianos vuelven a un primer plano y son los llamados a presidir la Sinagoga y representar al Sanedrín, cuyo Consejo estaría constituido por un grupo de ancianos aristócratas, además de los escribas que eran los intérpretes oficiales de la ley. En los proverbios se les ensalza, siendo considerados “Corona de honra” y en el Levítico se dice que “delante de las canas te levantarás y honrarás el rostro del anciano”. Simultáneamente en Grecia se tenía para con ellos una actitud respetuosa. El Areópago de Atenas disfrutó de su presencia, pero su relevancia fue aún mayor en la Gerusia de Esparta. Aquí los ancianos gozaban de una excelente reputación, pudiendo ser miembros constituyentes de este organismo, que era un Consejo constituido por gerontes, una especie de Senado compuesto por 28 miembros, todos ellos de más de 60 años, edad considerable para aquella época.

En pleno clasicismo griego tenemos los testimonios de Platón, que son muestras inequívocas de su gran estima por la vejez y en su diálogo “La Republica” les dispensa un trato reverencial, viendo en ellos sujetos prudentes, sagaces y juiciosos, capaces como nadie de llevar a feliz término funciones directivas, administrativas y judiciales. El mismo sentir que su maestro Sócrates había manifestado. No faltó a pesar de todo quien disentía un poco de este parecer como por ejemplo los autores trágicos y cómicos, que más bien consideraban un infortunio llegar a la vejez. Así vemos como se despacha Esquilo en su “Agamenon”, diciendo del viejo, que “su follaje se seca, camina a tres pies, sin más fuerzas que un niño, como un sueño en pleno día deambula”. “Vejez maldita y patética de las tragedias, vejez repulsiva y ridícula de las comedias, vejez contradictoria y ambigua de los filósofos”. (G. Minois)

En el mundo Romano, nos volvemos a encontrar al anciano gozando de una bien merecida reputación, lo mismo que sucedía en Israel. El anciano para los israelitas, lo mismo que “senex” para los romanos, seguía siendo, con todas las reservas que se quieran, un punto de referencia. La figura del “paterfamilias” era símbolo de autoridad y respeto, los hijos no se podían casar sin el consentimiento del padre o del abuelo. Este fue el escenario en el que tuvieron que interpretar su papel de abuelísimos tanto Joaquín como Ana. Bien podía decirse que en aquellas culturas donde estaba arraigada la familia patriarcal, los abuelos estaban a salvo, aún con todo seguía habiendo ancianos que vivían solos y abandonados a su suerte sin que estancias superiores del estado se ocuparan de ellos. Con la llegada del cristianismo, ya desde los tiempos de los emperadores romanos, la Iglesia Católica puso en práctica la

ayuda caritativa a estas personas que andaban vagando por las calles sin un techo donde cobijarse. La cultura cristiana, en concomitancia con la cultura hebrea, siempre mostró una actitud favorable hacia la senectud. La invasión de los bárbaros no supuso una mejora para el colectivo de ancianos, que fueron encontrando algún tipo de ayuda en la medida que el cristianismo se consolidaba. Se fueron creando asilos y hospitales, donde eran recogidos los más desafortunados y con la ayuda de personas piadosas y caritativas se intentaba dar cumplimiento al precepto evangélico que mandaba honrar a los padres ya mayores. A partir del siglo IV la Iglesia ya dispone de una red importante de hospicios y hospitales, de los que muchos viejos fueron beneficiarios y en los que aparte del sustento diario encontraron veneración y respeto.

En la época del Renacimiento el número de ancianos aumenta considerablemente al haber más higiene y menos violencia. Pero es un periodo histórico donde se siente admiración por lo bello y lo joven y eran los viejos ricos y poderosos quienes eran tenidos en consideración. El mercantilismo burgués del siglo XVI favoreció notablemente al patriarcado urbano. En este mundillo de los negocios no hacía falta ser fuerte y vigoroso, bastaba con ser sagaz y astuto y con estas armas muchos viejos lograron hacerse personajes importantes, pudiendo comprarlo todo, incluso a muchachas jóvenes y atractivas. Naturalmente un viejo con bienes y poder era visto por los demás con especial atractivo.

Así llegamos a época moderna, donde la vejez se nos muestra como tiempo de perfeccionamiento de quietud y calma en que las pasiones y los vicios pueden ser doblegados más fácilmente. La iglesia continúa incrementando los hospicios y hospitales con la ayuda inestimable de los viejos ricachones. La higiene y las condiciones sanitarias van mejorando, lo que hace que aumente considerable la expectativa de vida y vaya también en aumento la consideración y estima. Resultado de todo ello fue que la sociedad tomara conciencia de este problema y comenzara a hacerse cargo de aquellos ancianos que no pudiendo trabajar carecían de recursos para hacer frente a las necesidades vitales. Las ayudas y mejoras continuaron durante el siglo XIX, en el que Europa comienza a tener una nueva concepción de la vejez. Fueron los preámbulos de lo que habría de suceder ya en el siglo XX, donde íbamos a ser testigos de dos acontecimientos que cambiarían sustancialmente la situación y estado de la vejez, de modo que podría hablarse de un antes y un después.

Hacia el primer tercio del siglo pasado hace aparición la Gerontología, que es la ciencia destinada a estudiar el fenómeno del envejecimiento en todos sus aspectos, a la que habría de seguir la Geriátrica que se ocuparía de estudiar las enfermedades de los ancianos y su correspondiente tratamiento. No es el momento de extenderse en todas las consecuencias positivas que ello supuso en la mejora de las condiciones de vida de este colectivo, tan solo decir que ello significó un salto cualitativo.

El Otro de los acontecimientos trascendentales en la historia que vino a cambiar la suerte de las personas mayores, fue la creación y consolidación del plan de pensiones, lo que significó una cobertura económica con la que poder así cubrir las necesidades de tipo material y poder llevar una vida digna y sin sobresaltos. El bienestar social, alcanzado con la ayuda del progreso técnico, ha permitido unos logros espectaculares para toda la población. La Seguridad social ha ausentado el fantasma de la pobreza e indigencia en las clases pasivas, cuyos sujetos carecían de fuerzas para seguir trabajando.

De esta forma, la tercera edad llega al siglo XXI con dos de las aspiraciones fundamentales cumplidas, que son las que hacen referencia respectivamente a la salud y a la economía, fuentes ambas en tiempos atrás de preocupaciones, de miedos y temores. Queda no obstante otra tercera aspiración importante por cumplir, asociada al sentimiento y afectividad. Muchos de nuestros mayores están condenados a vivir una terrible desafección, se ven muy solos en sus casas o aparcados en las residencias. La actual pandemia del coronavirus ha traído al primer plano la situación deplorable en que todavía viven muchos de nuestros abuelos. Es de suponer que los Organismos Internacionales y las Administraciones Nacionales hayan tomado buena nota de lo que está pasando y traten de poner remedio. Ante la jornada mundial de los abuelos y bajo el patronazgo de Sta. Ana y S. Joaquín, tratemos todos de descubrir la forma para que también ellos se sientan llamados a ejercer una elevada misión en la sociedad.

y por supuesto en el seno de las familias. Quiero concluir con unas hermosas palabras del papa Francisco, con motivo de esta efemérides: "Los abuelos, que han alimentado nuestra vida, **hoy tienen hambre de nosotros, de nuestra atención, de nuestra ternura, de sentirnos cerca**. Alcemos la mirada hacia ellos"